

# COMENTARIO

## Ciencia, ficción, anticipación y retrospección.

*Autor: Francisco Arenas Ferriz\**

El binomio ciencia – ficción encierra una aparente contradicción pues aún, en una misma expresión, dos términos con significados encontrados. Descripción veraz y sabia de la realidad frente a recreación imaginaria y apócrifa de la misma. Tal contradicción se desvanece, empero, cuando el matrimonio entre las dos palabras se contempla desde una perspectiva alejada en el tiempo, no condicionada la visión por la inmediatez restrictiva del presente. Así ocurre, que en los grandes relatos de este género, el discurrir histórico convierte en probado lo que inicialmente se presentó bajo la categoría de quimera y que las imputaciones de irrealidad o fantasía realizadas en nombre de la ciencia a los mismos se tornan, simultáneamente, acientíficas y miopes. Lo imposible y absurdo deviene real y lógico; lo cabal, anacrónico. Los fabulosos inventos que pueblan la literatura fantástica de Julio Verne (1828 – 1905) como el emboscado Nautilus del conspicuo capitán Nemo o el veloz cohete de “De la Tierra a la Luna” han venido a ser, así, maquetas noveladas de los artilugios actuales. Los más grandes científicos son aquéllos que han obedecido con rigor las exigencias del método científico sin dejarse esclavizar por él, quienes han atendido los requisitos de la racionalidad en su análisis del presente

sin anular por ello las posibilidades de su imaginación para proyectar un futuro diferente, en el que sus estudios permitirían influir decisivamente. Descubrir exige quitar el velo que cubre no al objeto, sino la mente esclava del sujeto a los prejuicios de su época. Sin fabulación, pues, no hay innovación.

La incuestionable fuerza seductora que la ciencia ejerce sobre los hombres no reside tanto en su capacidad para describir la realidad concomitante, cuanto en su poder para anticipar lo venidero y, así, eliminar la angustia de sentirnos a su merced para convertirnos en sus dueños y señores. En poco estimaríamos a la ciencia si únicamente nos sirviera para levantar acta notarial, todo lo rigurosa y exacta que se quiera, de un ahora fugitivo que es, de inmediato, pasado. Es su promesa de anuncio y presagio, de dominio y victoria sobre un horizonte que ha dejado de ser, por obra del científico, una nada silenciosa y aterradora, lo que nos hace rendir pleitesía al sabio genial cuya valoración social se quiebra, significativamente, cuando sus predicciones yerran, a despecho del rigor que haya mostrado en sus planteamientos científicos.

Podemos decir, pues, que no hay “contradicción in termino” alguna, sino contraposición reveladora de aspectos arrinconados por la ciencia. Para habitar una nueva realidad el ser huma-

\* Catedrático de Filosofía de Enseñanza Secundaria en España

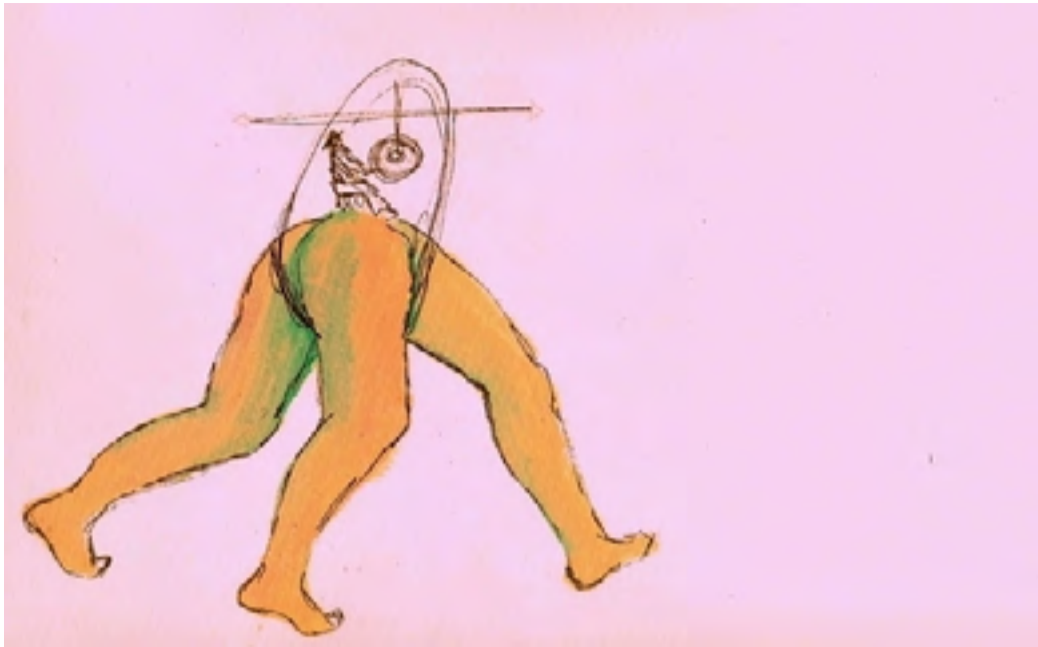


Ilustración: Saray Mata/ Plumilla y acuarela sobre papel. 2014.

no debe fingirla previamente y, de esta suerte, acomodarse a ella con la imaginación antes que con el resto de su naturaleza. Por eso, más que de ciencia ficción hemos de hablar, en los casos en los que tal dignidad es alcanzada, de ficción científica. Las narraciones de ciencia – ficción pueden ser consideradas así como un subgénero de la literatura de anticipación que adelanta en fábula lo que tal vez sean, más tarde, avances reales de la tecnología. El narrador sirve a la ciencia sirviéndose de ella. La ciencia le proporciona los materiales con que urdir la trama del sueño de futuro. Él recuerda al científico que el sueño de la razón no siempre produce monstruos y que, del mismo modo que no se conoce bien un país hasta que no se le contempla allende sus fronteras, para apurar la razón hasta sus límites es preciso rebasarlos de vez en cuando.

En otro orden de cosas podemos decir que si toda la literatura de ciencia ficción es futurista, no toda obra de anticipación es ciencia – ficción. La ciencia – ficción debe ser considerada como un subgénero de la literatura de anticipación, coexistente con otros subgéneros a los que podemos llamar, entre otras denominaciones, “política – ficción” (utopías) o “filosofía – ficción”. Ejemplo combinado y señero de estos últimos es el diálogo platónico La República. En su obra magna Platón imagina una ciudad ideal en la que la felicidad general es posible porque la justicia reina entre las partes, merced al pilotaje político de los sabios y a la aceptación general de esa forma de gobierno. En ella la armonía social ha sustituido a la lucha de intereses contrapuestos y desterrado al conflicto:

*no fundamos el Estado con la mirada puesta en que una clase sola sea excepcionalmente feliz, sino en que lo fuera al máximo*

*toda la sociedad. Porque pensamos que en un Estado de tal índole sería en donde hallaríamos mejor la justicia y, en cambio la injusticia en el peor fundado. República, Libro IV.*

Tal narración no tendría demasiado valor si se limitase a revelar la capacidad imaginativa de un griego del siglo V antes de Cristo. Lo que la hace admirable y actual es la pericia del filósofo para mostrarnos rasgos imperecederos de la naturaleza del hombre y de sus sueños. Cuando Platón, por medio del Mito de la Caverna, representa una situación, que él mismo califica de imaginaria, describe de forma magistral el pecado social, tantas veces cometido, contra los espíritus adelantados que eligen atender la voz clara e iluminadora de su razón antes que a la algarabía atarugada de la multitud. La ficción desvela una realidad más profunda - la mascarada es, en el fondo, un acto de desenmascaramiento - y la anticipación resulta, propiamente, un ejercicio de retrospectiva de la mirada, que escudriña el pasado con la voluntad de extraer del mismo enseñanzas para el futuro.

*Pero lo cierto es que en el Estado en el que menos anhelan gobernar quienes han de hacerlo es forzosamente el mejor y el más alejado de disensiones, y lo contrario cabe decir del que tenga los gobernantes contrarios a esto. Y más adelante. Así es, amigo mío: si has hallado para los que van a gobernar un modo de vida mejor que el gobernar podrás contar con un Estado bien gobernado; pues sólo en él gobiernan los que son realmente ricos, no en oro, sino en la riqueza que hace la felicidad: una vida virtuosa y sabia. No, en cambio, donde los pordioseros y necesitados de bienes privados marchan sobre los asuntos públicos, convencidos que allí han de apoderarse del bien; pues cuando el gobierno se*

*convierte en objeto de disputas, semejante guerra doméstica e intestina acaba con ellos y con el resto del Estado. República, Libro VII.*

¿Acaso no nos parece encontrar en estas líneas la más certera descripción de algunos de los males de la vida política en nuestros días?

De esta manera, podemos cerrar estas torpes reflexiones con la paradójica conclusión de que del mismo modo que la ficción es intrínseca a la ciencia, la anticipación viene a ser una transposición clarividente del ayer a las expectativas sobre el mañana. Recurrimos a la ficción para impulsar la ciencia y al pasado para intuir el futuro. Si antes establecíamos que sin fabulación no hay ciencia, ahora deberemos admitir que sin retrospectión no hay adelantamiento.